



Serán mis testigos

Carta pastoral al pueblo de Dios de San Antonio sobre la misión cristiana de evangelizar y anunciar a Jesucristo

Monseñor José H. Gomez
Arzobispo de San Antonio

A mis hermanos obispos y sacerdotes, los primeros colaboradores en el ministerio sacerdotal; a mis hermanos diáconos, cooperadores en el ministerio de servicio; a mis hermanos y hermanas consagrados, testimonio vivo de compromiso fiel y vida apostólica; a todos los fieles, llamados a la santidad y a la misión en la vida cotidiana:

1. Los saludo con todo mi afecto y alegría. Diariamente doy gracias a Dios por su amistad al compartir la hermosa misión de propagar el Evangelio de Jesucristo, aquí en San Antonio y a lo largo de nuestra nación, nuestro continente y nuestro mundo.

Amigos míos, ¡somos tan bendecidos! Conocer a Jesucristo, conocer el amor de Dios nuestro Padre, saber que somos hijos de Dios. ¡Cuánto amor nos ha mostrado nuestro Padre Celestial! Con frecuencia recurro a la hermosa enseñanza de San Pablo: antes de la fundación del mundo, Dios nos “destinó en el amor” para ser sus hijos e hijas por medio de Jesucristo; nos hizo para que fuéramos “alabanza de su gloria”¹.

2. Existimos para la alabanza de la gloria de Dios. Este es el verdadero propósito de nuestras vidas. ¿Con qué frecuencia pensamos en esto? Tenemos muchas responsabilidades en nuestras familias, en nuestro trabajo, en donde vivimos y en nuestras comunidades, pero para lo que realmente estamos aquí es para glorificar a Dios. Y estas cosas deben ir de la mano. Debemos alabar a Dios durante todos los días de nuestras vidas, en medio de todas las cosas que hacemos y que llenan nuestras jornadas.

En otro apartado, San Pablo escribe: “Ofrezcamos sin cesar, por medio de Él, a Dios un sacrificio de alabanza”². Todo lo que hacemos debería ser un sacrificio, algo que ofrezcamos a Dios para agradecerle y para alabarle.

¹ Ef 1, 3-14.

² Hb 13, 15.

Alabamos a Dios por las bendiciones que ha derramado sobre nosotros: por el don de la vida, el don de la fe y la promesa de la vida eterna. Debemos también alabarlo cada vez que oramos. Pero también estamos llamados a hablar de Dios a nuestra familia, vecinos, amigos y compañeros de trabajo. Dios quiere que hablemos a los otros sobre Jesucristo, en quien vemos el rostro de nuestro Padre y experimentamos su amor y su tierna misericordia en nuestras vidas.

Esta es la misión que Jesucristo dio a su Iglesia. En los Hechos de los Apóstoles, las últimas palabras que Jesús dirige a sus discípulos son estas: “Serán mis testigos... hasta los confines de la tierra”³. Hoy más que nunca, Cristo necesita testigos, necesita discípulos que lo conozcan y lo amen para dar testimonio de la verdad de su presencia viva entre nosotros; para dar testimonio de la Buena Nueva, de que este turbulento mundo nuestro tiene un Salvador.

3. San Pablo dijo que Dios: “Tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase”⁴. Él habla aquí no sólo de su propia experiencia, sino de la responsabilidad esencial de cada cristiano.

Dios nos reveló a su Hijo a cada uno de nosotros para nuestra salvación, pero también para que compartiéramos la Buena Nueva de nuestra salvación con los demás. Él nos reveló a su Hijo para que pudiéramos anunciarlo, y al anunciarlo pudiésemos compartir las bendiciones que hemos recibido con cada uno de los que estamos en contacto.

Hay muchas maneras de anunciar a Cristo y no solamente con palabras. No es sólo una cuestión de hablar, o predicar, o algo que es considerado negativamente como “hacer proselitismo”. Anunciar a Cristo incluye todo lo que hacemos en palabra o en hechos, para dar testimonio de nuestra fe en Él. Anunciamos a Cristo por nuestra manera de vivir.

Lo importante es esto: el anuncio de Cristo no es una opción o una obligación reservada a los sacerdotes, religiosos u obispos; es un deber de todo creyente.

4. Amigos míos, estoy cada vez más convencido de que necesitamos redescubrir esta dimensión fundamental de nuestra vida e identidad cristianas. Es por ello que les escribo esta carta, conmemorando así el quinto aniversario de mi toma de posesión como instalación como su arzobispo.

En mi primera carta pastoral que escribí en mi primer aniversario, compartí mis ideas sobre cuán importante es para nosotros crecer en nuestro conocimiento y amor de Cristo⁵. En mi segunda carta pastoral, les escribí acerca de la promesa de perdón y reconciliación con el Padre, que radica en el corazón del Evangelio que Cristo vino a predicar⁶. Ahora,

³ Hch 1, 8.

⁴ Ga 1, 16.

⁵ José H. Gomez, Carta Pastoral, *Crecer en el conocimiento y amor de Jesucristo*, 15 de febrero de 2006. Mis cartas pastorales así como otros escritos, homilías y discursos, están disponibles en la página web de la Arquidiócesis de San Antonio: www.archsa.org.

⁶ José H. Gomez, Carta Pastoral, *La misericordiosa ternura de nuestro Dios*, sobre el perdón y la reconciliación en la vida cristiana, 21 de febrero de 2007.

en esta carta, quiero continuar nuestra reflexión sobre la vida cristiana, hablando acerca de nuestro deber como discípulos de dar testimonio de Cristo y su Evangelio.

Conocer a Jesucristo y su amor nos lleva a querer compartir ese conocimiento y amor con cada una de las personas que conocemos. Estar reconciliados con el Padre y sabernos, nosotros mismos, sus hijos amados, nos llena del deseo de contarle al mundo entero sobre el don de su salvación.

La evangelización comienza en el corazón que ha sido evangelizado, el corazón que ha escuchado la Buena Nueva y se ha convertido; el corazón que ha conocido la misericordia de Dios y su amor. No podemos permanecer callados sobre lo que hemos visto, escuchado y sentido; no podemos dejar de anunciar y dar testimonio de la gran diferencia que Jesús ha hecho en nuestras vidas.

5. Tenemos el deber de dar testimonio de Dios; es un deber gozoso, un deber que llevamos a cabo con alegría y acción de gracias. Queremos que todo el mundo, empezando por los más cercanos a nosotros, participe de lo que nos ha sido dado: el don gratuito de la gracia de Dios y la alegría que llega al conocer la verdad que nos hace libres.

Este deber de anunciar a Cristo recae sobre cada uno de nosotros en la Iglesia: el clero, los fieles laicos, y los religiosos. Sin embargo, dirijo esta carta de forma especial a ustedes, hombres y mujeres laicos. Soy consciente de que escribo a la mitad de la celebración del Año Sacerdotal de la Iglesia Universal; y para conmemorar este año especial, recientemente escribí un libro sobre la gran misión del sacerdocio en el plan de Dios para la nueva evangelización⁷. Y es verdad que nuestros sacerdotes son los primeros colaboradores en la misión que Cristo confió a sus Apóstoles y a sus sucesores – la misión de predicar la salvación hasta los confines de la tierra.

En esta carta quiero dirigirme especialmente a ustedes, que viven su fe en medio del mundo y de todos sus asuntos seculares. Como señala el Catecismo de la Iglesia Católica: los fieles laicos “tienen la obligación... de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo”⁸.

“Para que también allí predique; pues para eso he salido”

6. Para entender mejor nuestro deber de ser discípulos y misioneros de Jesucristo, debemos reflexionar una vez más en el inicio de su vida pública y ministerio. Cristo vino al mundo a predicar la Buena Nueva.

⁷ Cfr. José H. Gomez, *Men of Brave Heart: The Virtue of Courage in the Priestly Life*, Huntington, IN, Our Sunday Visitor 2009.

⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, Coeditores Litúrgicos, Librería Editrice Vaticana 1992, no. 900.

Escuchamos sus palabras al inicio del Evangelio: “Vayamos a otra parte a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he salido”⁹; y dio a sus primeros discípulos la misma misión: “Los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar”¹⁰.

Al final del Evangelio, escuchamos al Señor resucitado dirigiendo estas palabras a su Iglesia: Vayan por todo el mundo y proclamen “la Buena Nueva a toda la creación”¹¹. Vemos que este mandato comienza a ser cumplido en los Hechos de los Apóstoles, pues los Doce, junto con los sacerdotes, diáconos y fieles laicos, se unen en la misión de anunciar “la Buena Nueva del Señor Jesús” atrayendo a un gran número de personas a Cristo¹².

7. Los primeros cristianos, incluso bajo amenaza de persecución y muerte, predicaban y enseñaban en las casas y en la plaza del mercado; anunciaban el Evangelio en las grandes ciudades y en zonas rurales; predicaban la Buena Nueva al rico y al pobre, al enfermo y al discapacitado, al joven y al anciano, al soltero y al casado, a las familias, a los extranjeros y esclavos, a los filósofos e intelectuales y a los iletrados, a los reyes, gobernadores y líderes religiosos, a los trabajadores, artesanos y comerciantes.

La predicación apostólica hizo algo más que crear individuos conversos para Cristo. El encuentro con Cristo fue siempre un encuentro con su Iglesia. El anuncio de Cristo tenía como objetivo traer a hombres y mujeres a la comunión con Cristo en su Iglesia a través del poder de los sacramentos.

Cuando escuchaban la predicación de los apóstoles, la gente se conmovía al punto de preguntar “¿qué debemos hacer?” Los apóstoles respondían directamente: arrepíentense y háganse bautizar¹³. Siempre y en todo lugar la predicación apostólica condujo al bautismo e incorporación en iglesias locales¹⁴, cada una con su propio obispo y sacerdotes¹⁵, cada una unida a la Iglesia: una, santa, católica y apostólica¹⁶.

8. En este gran esfuerzo misionero los fieles laicos evangelizaban junto con los Apóstoles, y los asistían en sus ministerios sacerdotales y sacramentales. Los casados como Áquila y Priscila, estaban comprometidos en el trabajo misionero y en la defensa de la fe¹⁷. En las cartas de San Pablo se incluyen los nombres de fieles laicos, hombres y mujeres, a quienes describía como “compañeros” y colaboradores en su ministerio¹⁸, incluyendo a aquellos que le ayudaban a escribir sus cartas a los fieles¹⁹.

⁹ Mc 1, 38. Cfr. Mt 4, 23; 9, 35.

¹⁰ Lc 9, 2. Cfr. Lc 9, 6; 11. Mc 6, 12-13. Mt 10, 7-8.

¹¹ Mc 16, 15.

¹² Hch 11, 19-21.

¹³ Hch 2, 37-41.

¹⁴ Hch 14, 13; 15, 41. 1 Ts 2, 14.

¹⁵ Hch 14, 23; 20, 17.28.

¹⁶ Hch 5, 11; 12, 5; 15, 22. Col 1, 18. Ef 5, 23-32.

¹⁷ Hch 18, 2-3. 18-19. 26.

¹⁸ Rm 16, 3. 21. Flp 2, 25; 4, 3.

¹⁹ Rm 16, 22.

San Pablo dijo que el Evangelio era “fuerza de Dios para la salvación”²⁰. Ya en el transcurso de las vidas de los Apóstoles, el Evangelio de Jesucristo se había propagado a cada rincón del mundo hasta entonces conocido. En trescientos años la totalidad del imperio romano había sido convertido y las bases de una civilización cristiana, la civilización de Europa y Occidente, habían sido sentadas. Todo ello por el anuncio de la Palabra de Dios por hombres y mujeres que habían sido tocados por esa palabra y tenían un gran celo religioso de que otros la oyeran también.

Hermanos y hermanas, hoy en la Iglesia, necesitamos esa misma fe en el poder del Evangelio, ese mismo celo apostólico por las almas; necesitamos renovar en nosotros mismos la convicción y el sentido del deber que animó a San Pablo a decir: “Es más bien un deber que me incumbe, ¡ay de mí si no predico el Evangelio!”²¹

El “alma sacerdotal” del apostolado laico

9. Desde el inicio se ha entendido que toda la Iglesia es “apostólica” y que cada bautizado creyente participa en el apostolado al ser enviado al mundo a predicar el Evangelio²². Sin embargo, dentro de la unidad de la misión de la Iglesia existen variedades de servicio, todos bajo el liderazgo de los obispos, que son los sucesores de los Apóstoles.

A los obispos les fueron confiadas las funciones de enseñar, santificar y gobernar en nombre de Cristo y llevan a cabo esta misión con sus colaboradores, los sacerdotes ordenados y con la asistencia de los diáconos permanentes. Además del sacerdocio ministerial y sacramental en la Iglesia, existe el “sacerdocio común” de todos los creyentes, compuesto por todos los bautizados, incluyendo los laicos y aquellos fieles consagrados de forma especial a Dios²³.

La Iglesia en sus comienzos se veía a sí misma como el nuevo Israel, un reino de sacerdotes. Usando el lenguaje del Antiguo Testamento, San Pedro escribió a los primeros cristianos: ustedes son “linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que les ha llamado de las tinieblas a su admirable luz”²⁴.

10. Cada uno en la Iglesia participa del sacerdocio de Cristo, su ofrecimiento de sí mismo por amor a la vida del mundo²⁵. Cada uno de nosotros que ha sido bautizado tiene un “alma sacerdotal”. Como fieles laicos ustedes están llamados a ofrecer su trabajo y oración cotidianos como un sacrificio espiritual de alabanza a Dios; están llamados a vivir y a trabajar para Dios en espíritu de amor, con un deseo de servirle en todas las cosas y a hacer todo lo que puedan para ayudar a las almas que están a su alrededor.

²⁰ Rm 1, 16.

²¹ 1 Co 9, 16.

²² Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 863, 900.

²³ *Ibidem*, no. 1268, 1547, 1591, 1592.

²⁴ 1 Pe 2, 9; Ap 1, 6. Cfr. Ex 19, 6.

²⁵ Cfr. Jn 6, 51.

Usando las palabras del Concilio Vaticano II, ustedes están llamados a ser “testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana”²⁶. Esto es lo que hace que la vocación del laico sea tan crucial para la misión de la Iglesia. Por definición, los fieles laicos son los que están en la línea de frente de la cultura, viviendo en el corazón mismo del mundo.

Puede ser que las personas que ustedes conocen en su comunidad o en su trabajo cotidiano nunca escuchen el Evangelio si no lo escuchan de ustedes; puede ser que nunca vean un ejemplo de vida cristiana si no lo ven en ustedes.

Ustedes están llamados a ser testigos de Cristo, pues esta vocación les fue conferida en su bautismo y vigorizada en su confirmación²⁷. Asumir la responsabilidad para evangelizar es un signo de madurez cristiana, una parte de un crecimiento completo en su relación con Jesucristo en su Iglesia.

11. El apostolado primordial de los fieles laicos, desde los inicios de la Iglesia, ha sido siempre propagar y defender la fe en sus familias y con los más cercanos, llevando las enseñanzas de Cristo para ayudar a sobrellevar los problemas que enfrentaban sus comunidades²⁸.

Recordar esto es importante. Desde el Concilio Vaticano II los ministerios laicos han florecido en la Iglesia, junto con otras muchas formas de colaboración entre los fieles laicos y sus párrocos en todas las áreas de cuidado pastoral y de la vida parroquial. Esta colaboración es indispensable; sin ella el trabajo de los párrocos no puede ser totalmente efectivo. El servicio de los lectores, cantores, ministros extraordinarios de la Eucaristía, catequistas y demás ministros parroquiales, es una hermosa expresión de amor a nuestro Señor.

Los ministerios laicales son cruciales para la construcción de la comunidad que es la Iglesia. Sin embargo, debemos tener siempre en mente la distinción esencial entre el sacerdocio ordenado y el sacerdocio común de los fieles. Tanto sacerdotes como laicos tienen su propia misión e identidad en la Iglesia. Necesitamos promover una cooperación positiva de los laicos en la vida de la parroquia, y al mismo tiempo evitar cualquier confusión entre su rol y las actividades propias del sacerdocio ordenado.²⁹

Es especialmente importante que tengamos en mente la enseñanza del Concilio: “La sagrada liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pues para que los hombres

²⁶ Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral, *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 7 de diciembre de 1965, no. 43.

²⁷ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1305.

²⁸ 1 Co 16, 15. 19; Col 4, 14; 2 Tm 4, 19-21.

²⁹ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal, *Ecclesia in America*, sobre el encuentro con Jesucristo Vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América, 22 de enero de 1999, no. 44.

puedan llegar a la liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión³⁰.

Como laicos creyentes que poseen un “alma sacerdotal”, su misión primaria está en el mundo, no dentro del santuario u oficina de una iglesia; por tanto su primer deber sigue siendo hacer caso al mandato que cada uno de nosotros recibe al final de cada Misa: ir al mundo para amar y servir a nuestro Señor.

Nutridos por el don de su Cuerpo y de su Sangre, ustedes están llamados a dar testimonio de este don, haciendo de sus vidas una forma de alabanza a Dios³¹. Su evangelización debe ser siempre *profundamente eclesial e intensamente eucarística*. Ustedes están llamando a las personas hacia Cristo y hacia su Iglesia, y al corazón de la Iglesia, que es la Eucaristía³².

12. Muchos de ustedes llevarán a cabo su deber de evangelizar en el contexto de sus trabajos ordinarios. Hay muchas maneras de compartir su fe de manera natural en el lugar de trabajo; la manera más obvia es simplemente tener una buena vida cristiana: mostrar cortesía, cuidado y respeto con sus compañeros; hacer bien su trabajo e irradiar siempre la alegría de Cristo con una actitud alegre y positiva.

Durante la jornada laboral cotidiana, tienen también oportunidades para compartir su fe. Al hablar con los compañeros de trabajo sobre los asuntos del día, pueden ofrecer la perspectiva de la Iglesia y el pensamiento católico; si encuentran preguntas o desafíos a las enseñanzas de la Iglesia, pueden ofrecer una respuesta razonada y tal vez sugerir ciertas lecturas del Catecismo de la Iglesia, documentos de la Iglesia o recursos ofrecidos por las páginas web del Vaticano, de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos o de la Arquidiócesis de San Antonio.

Con una renovada conciencia de su “alma sacerdotal”, les exhorto, amigos míos, a buscar servir a Dios y a sus hermanos diariamente, en todo lo que hacen y dicen, a través de la manera en que viven su vida. Las personas responden más al ejemplo que a la “doctrina”. Si dan testimonio de su fe por medio de sus hábitos y acciones cotidianos, se darán cuenta que su testimonio de vida cristiana será atractivo para los demás y con eso se ganarán oportunidades ordinarias para hablar sobre la “fuente” de su felicidad en Jesucristo y su fe católica.

“San Antonio será... el corazón desde donde saldremos”

³⁰ Concilio Vaticano II, Constitución Apostólica, *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 4 de diciembre de 1963, no. 9. Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe y otros dicasterios, *Ecclesiae de Mysterio*, sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes, 15 de agosto de 1997.

³¹ Cfr. Rm 12, 1.

³² Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal, *Sacramentum Caritatis*, sobre la Eucaristía, fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, 22 de febrero de 2007, no. 79, 84, 85.

13. Es nuestro orgulloso legado, como Iglesia de San Antonio, el haber sido pioneros en la primera evangelización de los Estados Unidos. “Los fieles, hombres y mujeres que trajeron aquí el Evangelio fueron verdaderos pioneros. Por medio de ellos la Buena Nueva del amor de Dios fue predicada en esta tierra, se enraizó en los corazones de nuestros ancestros y continúa dando fruto en esta comunidad de fe”³³.

En el 2006 conmemoramos el 275 aniversario de la fundación de la Catedral de San Fernando, una de las más antiguas iglesias católicas en nuestro país. Y el próximo año, en el 2011, conmemoraremos el 320 aniversario de la primera Misa celebrada aquí – una de las primeras celebraciones eucarísticas en el suelo de lo que ahora es los Estados Unidos de América.

Tal como el Papa Juan Pablo II nos recordó durante su histórica visita a San Antonio en 1987, desde esta tierra, donde el Evangelio fue predicado por primera vez en los Estados Unidos, estamos llamados a cultivar una nueva generación para la nueva evangelización de nuestro país: “Hoy, toca a ustedes ser evangelizadores para con cada uno y, particularmente, para con aquellas personas cuya fe se tambalea o que se resisten a entregarse al Señor de lleno. ¡Que no pueda decirse que su celo en ser evangelizadores y dar testimonio de caridad cristiana es menor que el de sus antepasados!”³⁴

14. Nuestra herencia es nuestra misión. Las misiones históricas que todavía se yerguen a lo largo de las orillas del río San Antonio son un testamento de nuestro orgulloso pasado y un llamado a dar un paso seguro hacia el futuro.

El Venerable Antonio Margil de Jesús, el heroico misionero franciscano que fundó nuestra Misión de San José en 1720 dijo: “San Antonio será la sede... el corazón desde donde saldremos a establecer más misiones”³⁵. Mis hermanos y hermanas, ¡una vez más hagamos eso realidad! Hagamos de San Antonio el gran corazón desde donde salga con renovado ardor la nueva evangelización de nuestra nación.

15. Dirijo esta llamada a cada uno de los que brindan un servicio de cualquier competencia en nuestras parroquias y escuelas; en nuestros programas de formación y educación religiosa; en nuestro seminario, universidades e institutos para la vida religiosa y consagrada; en nuestros hospitales y en toda la gran variedad de nuestros servicios sociales de caridad; en nuestras oficinas de la Arquidiócesis: ¡ustedes deben ser evangelizadores! No importa cuál sea su labor en la Iglesia, su misión es hablarle a la gente sobre el Dios que los ama, deben anunciar al Dios que ha venido para ser nuestro amigo, el Dios que ha venido para salvarnos de nuestros pecados y llevarnos a la vida eterna.

³³ José H. Gomez, Homilía, *Santa Misa por la celebración del 275 aniversario del establecimiento de la Catedral de San Fernando*, 9 de marzo de 2006.

³⁴ Juan Pablo II, *Discurso, A la comunidad católica hispana*, Plaza de Nuestra Señora de Guadalupe, San Antonio, Texas, 13 de septiembre de 1987.

³⁵ Mary Ann Noonan Guerra, *The Missions of San Antonio*, San Antonio, Alamo 1982, 5.

Ha llegado la hora de que cada uno de nosotros examine lo que estamos haciendo, a nivel personal e institucional, a la luz del imperativo de la nueva evangelización. Todos necesitamos preguntarnos a nosotros mismos: “¿De qué manera mi trabajo está conduciendo a hombres y mujeres hacia Jesucristo? ¿Se está propagando el cristianismo en aquellos que me rodean?”

16. Me entusiasma mucho el crecimiento de los equipos de evangelización en las parroquias a lo largo de la Arquidiócesis. ¡Es exactamente ese el tipo de iniciativa pastoral que necesitamos! La parroquia existe para propagar la Buena Nueva.

Hago un llamado a los párrocos y líderes parroquiales para que, en colaboración con nuestra Oficina de Evangelización, se comprometan aún más en la tarea de preparar a los feligreses para defender su fe y dar razón de la esperanza que está en ellos³⁶. Nuestros fieles deben conocer bien su fe, incluyendo la doctrina social de la Iglesia, y deben también saber de la urgencia en su deber de evangelizar.

Ahora es el tiempo para que incrementemos nuestro compromiso y celo religioso. Los Apóstoles imploraron al Señor “¡aumentanos la fe!”³⁷ Esta debe ser también nuestra oración cotidiana. Profundicemos nuestro conocimiento de la Palabra de Dios a través de la lectura diaria en espíritu de oración, así como de su estudio constante. Qué buena idea sería si las personas y las familias leyeran cada día, un poco de las Sagradas Escrituras y del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica³⁸.

Cultivemos una vida interior para que apreciemos más profundamente todo lo que Dios ha hecho por nosotros. Crezcamos en nuestro deseo de ser mejores comunicadores de nuestra alabanza y gratitud por las bendiciones que hemos recibido.

Estudiemos nuevamente los importantes documentos sobre la nueva evangelización: la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*³⁹, del Papa Pablo VI; la exhortación apostólica *Ecclesia in America*⁴⁰ y la encíclica *Redemptoris Missio*⁴¹ de Juan Pablo II; el decreto *Ad Gentes*⁴², del Concilio Vaticano II; *Vayan y Hagan Discípulos*⁴³ y *Encuentro y Misión*⁴⁴, ambos de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, así como

³⁶ 1 Pe 3, 15.

³⁷ Lc 17, 5.

³⁸ *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, Washington, D.C., United States Conference of Catholic Bishops 2007.

³⁹ Pablo VI, Exhortación Apostólica, *Evangelii Nuntiandi*, acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo, 8 de diciembre de 1975.

⁴⁰ Juan Pablo II, *Ecclesia in America*.

⁴¹ Juan Pablo II, Encíclica, *Redemptoris Missio*, sobre la permanente validez del mandato misionero, 7 de diciembre de 1990.

⁴² Concilio Vaticano II, Decreto, *Ad Gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 7 de diciembre de 1965.

⁴³ Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, *Vayan y hagan discípulos*, plan y estrategia nacional para la evangelización católica en los Estados Unidos, 18 de noviembre de 1992.

⁴⁴ Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, *Encuentro y misión*, marco pastoral renovado para el ministerio hispano, 13 de noviembre de 2002.

el documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.⁴⁵

Debemos llegar a un entendimiento todavía mayor de lo que el Papa Pablo VI enseñó: “La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia, una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”⁴⁶.

“Conducir a los hombres y mujeres al... Dios que habla en la Biblia”

17. La tarea que tenemos delante de nosotros no es fácil. La cultura en la cual estamos llamados a evangelizar es, en muchas formas, más hostil al Evangelio de aquella que enfrentó el Venerable Antonio Margil y los primeros evangelizadores de los Estados Unidos. Estamos llamados a anunciar a Cristo en una cultura “descristianizada”, una cultura en la que poderosos intereses han estado operando desde hace algunas décadas, borrando pacientemente la influencia y memoria de la herencia cristiana de nuestra nación, de nuestras leyes y políticas públicas, de nuestras artes y literatura, de nuestras escuelas y los medios de comunicación, de nuestro idioma y costumbres, de todo nuestro estilo de vida.

El resultado de esta estrategia deliberada de secularización es que cada vez más, un mayor número de nuestros hermanos y hermanas viven hoy sin ninguna conciencia de su necesidad de Dios. Incluso los creyentes enfrentamos la cruda realidad de que para participar en la vida económica, política y social de nuestro país, somos obligados cada vez más a conducirnos como si Dios no existiese.

18. El Papa Benedicto XVI ha descrito nuestro momento cultural, y el desafío con que nos enfrentamos, en estos dolorosos términos: “El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto. Conducir a los hombres hacia Dios, hacia el Dios que habla en la Biblia: ésta es la prioridad suprema y fundamental de la Iglesia y del Sucesor de Pedro en este tiempo”⁴⁷.

¡Conducir a los hombres y mujeres al Dios que habla en la Biblia, al Dios que nos ha mostrado su rostro en Jesucristo! Hermanos y hermanas, esta debe ser también nuestra más alta prioridad y no puede haber nada más urgente para nuestra misión como Iglesia de San Antonio. Esta debe ser la medida con la cual evaluemos todo lo que hacemos.

La necesidad de una nueva evangelización de la cultura

⁴⁵ Documento conclusivo, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 13-31 de mayo de 2007.

⁴⁶ Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, no. 14.

⁴⁷ Benedicto XVI, Carta, *A los obispos de la Iglesia Católica sobre la remisión de la excomunión de los cuatro obispos consagrados por el Arzobispo Lefebvre*, 10 de marzo de 2009.

19. Amigos míos, lo que se requiere es dedicarse nuevamente a la evangelización de la cultura⁴⁸. Como Juan Pablo II dijo en su milenario plan para el continente americano: “La nueva evangelización pide un esfuerzo lúcido, serio y ordenado para evangelizar la cultura”⁴⁹.

Este es un tema complejo que requiere estudio diligente y planificación, especialmente de parte de los fieles laicos en los diversos campos de la cultura, para que podamos identificar los desafíos y encontrar nuevos medios para hacer que el misterio de la salvación de Cristo sea entendido hoy en nuestra cultura. Quisiera sugerir aquí sólo algunas de las muchas posibilidades para nuestra reflexión y acción.

Debemos empezar siempre por donde Cristo empezó. Como individuos y como Iglesia, nuestra evangelización debe siempre servir para anunciar la Buena Nueva al pobre, recobrar la vista al ciego, proclamar la liberación de los cautivos, dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor⁵⁰. Debemos anunciar el Evangelio como liberación, como la verdad que libera a hombres y mujeres de las ataduras del pecado y de la muerte.

Siguiendo el ejemplo de Jesucristo y de sus Apóstoles, debemos ser también críticos audaces y enérgicos de los ídolos, de las injusticias y de la inmoralidad que encontramos en nuestra cultura; necesitamos exponer y desenraizar los factores culturales que hacen difícil que la gente pueda tener fe en Dios y vivir una vida moral sana. Estos factores incluyen: la aceptación de los valores imperantes, los modelos de pensamiento y los prototipos de estilo de vida que son contrarios al Evangelio y a la dignidad y vocación de la persona humana.

20. El Evangelio no es un programa político o una ideología, es mucho más poderoso que eso. Es la revelación del Dios Vivo acerca de la verdad sobre la persona humana, creada a imagen y semejanza divina. En el misterio de Cristo que se hace hombre, Él nos mostró lo que la humanidad está llamada a ser; nos mostró la dignidad y el destino trascendentales de cada persona humana como hija de Dios.

En nuestra cultura de hoy, nos enfrentamos a un poderoso “anti-Evangelio”, una actitud cultural difundida que niega cualquier relevancia o dignidad especial a la persona humana. Esta actitud se refleja en nuestras leyes y políticas sociales, que niegan a los más débiles y altamente vulnerables entre nosotros, el derecho más básico: el derecho a la vida.

21. Frente a este rechazo cultural del Evangelio, todos nosotros en la Iglesia estamos llamados a dar testimonio de la santidad y dignidad dadas por Dios a la persona humana desde su concepción hasta la muerte natural. En nuestros esfuerzos de evangelización, como individuos y como instituciones, debemos defender la familia, la célula vital de la

⁴⁸ Consejo Pontificio para la Cultura, *Para una pastoral de la cultura*, 23 de mayo de 1999.

⁴⁹ Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, no. 70.

⁵⁰ Lc 4, 16-21. Cfr. Is 61, 1-2.

sociedad, y a la institución divina del matrimonio entre un hombre y una mujer, y que está bajo ataque en nuestra cultura y sistema legal; debemos resistir ante cualquier presión que quiera relegar la fe religiosa al área de lo subjetivo y reducir la moral y la verdad a la categoría de opiniones privadas.

Nuestra evangelización debe tener como objetivo construir una cultura de respecto a la vida y dignidad humanas. Necesitamos inspirar a nuestros hermanos y hermanas a buscar el Reino de Dios y su justicia, construir un mundo nuevo donde la vida sea valorada y acogida, desde el niño en el vientre de la madre al anciano y al discapacitado, al inmigrante que viene a nuestra tierra buscando una nueva vida para su familia.

“A nosotros ha sido enviado el mensaje de salvación”

22. Es también muy importante que tengamos una mayor comprensión de la influencia de los medios de comunicación social y de las tecnologías de la información en nuestra cultura. El Papa Juan Pablo II señaló: “La evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo”⁵¹. De nueva cuenta, estudiar esto es más propiamente una tarea de los fieles laicos con experiencia en estos campos. Quisiera sugerir diversos elementos para su reflexión y acción.

Nos hemos mudado de una cultura basada en la palabra impresa a una cultura dominada por las tecnologías electrónicas y digitales. Los medios “personales” de comunicación - instrumentos que traemos con nosotros, tales como los teléfonos celulares, los famosos “Personal Digital Assistants” (PDA por sus siglas en inglés)- están presentes en todos lados; cualquier persona que tenga acceso a estos nuevos medios es capaz de enviar y recibir imágenes y sonidos, textos y datos instantáneamente a cualquier parte del mundo.

23. Esta es una revolución en la comunicación humana que ya está teniendo implicaciones en nuestro sistema político y en otras áreas de la sociedad. En términos de evangelización necesitamos entender que estos nuevos medios digitales tienen su propia lógica, sus propios valores y su propia “psicología”.

El Papa Benedicto XVI nos recuerda acertadamente que estas tecnologías de comunicación social tienen implicaciones “antropológicas”; son algo más que simples herramientas o aparatos de entretenimiento. Al hacer posible nuevos tipos de relaciones, ellos cambian también nuestras relaciones entre nosotros y nuestra manera de entendernos y de entender a los demás⁵².

Algunas de las preguntas que formulo son estas: “¿Qué significa para una persona estar siempre “conectada”, siempre disponible para los demás a través del correo electrónico, los mensajes de texto, las redes sociales y los teléfonos celulares? ¿Qué significado tiene el que comencemos a mandar más mensajes de texto a las personas, en lugar de hablar con ellas? Con el aumento de los medios de redes sociales, ¿nos arriesgamos a reducirnos

⁵¹ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, no. 37.

⁵² Benedicto XVI, Mensaje, *Los medios: en la encrucijada entre protagonismo y servicio. Buscar la Verdad para compartirla*, para la 42 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 4 de mayo de 2008.

nosotros mismos a un “rostro” que presentamos a los demás, como si estuviéramos creando publicidad para nosotros? En una cultura con tantos medios, ¿nos arriesgamos a convertirnos en personas que ya no pueden estar solas con sus pensamientos, o personas que tienen una necesidad casi compulsiva de estar distraída o entretenida?

24. No emito un juicio anticipado de las respuestas a las preguntas, pero es vital para nuestra evangelización que nosotros en la Iglesia comencemos a formularlas. ¿Cómo vamos a anunciar a Cristo en una cultura que está inundada de tantos poderosos “mensajes” que compiten unos con otros? ¿La magnitud del volumen de información en nuestra cultura está desplazando nuestra capacidad de contemplación, de oración y de conversación con Dios, de formar una verdadera comunidad?

Veo ciertamente grandes posibilidades en las tecnologías de redes sociales de promover la conversación sobre Dios y para compartir nuestro amor por Jesucristo. La popularidad de esas nuevas formas de comunicación refleja un intenso deseo por la inmediatez y el contacto, por la amistad, las conexiones y la comunidad; pero son deseos que pueden ser satisfechos, en última instancia, sólo por Cristo, en la comunión que tengamos con Él y su Iglesia.

Lo que debemos hacer como Iglesia y como individuos creyentes, es encontrar maneras para usar esas tecnologías para ayudar a nuestros amigos a ver que Jesucristo es el “Mensaje”, la Palabra que cada uno está esperando recibir. A través de estos nuevos medios, necesitamos ayudar a nuestros amigos a ver que en Cristo, este mensaje de salvación ha sido enviado a nosotros⁵³, como San Pablo predicó.

25. Para llevar a cabo la misión de evangelización de la Iglesia necesitamos ser mejores estudiantes de nuestra cultura; necesitamos entender nuestra cultura de adentro hacia afuera, sus valores y aspiraciones, sus fortalezas y debilidades, sus aspectos positivos y negativos.

Tenemos que estar siempre al tanto de los nuevos adelantos, nuevas vías y aperturas para el Evangelio, nuevas formas para comunicar a Cristo, para infundir el espíritu del cristianismo en nuestra cultura; necesitamos estar siempre buscando el “lenguaje” que mejor comunique el Evangelio.

26. Hermanos y hermanas, les hago esta exhortación: necesitamos católicos que estén viviendo su fe y proclamándola en cada profesión y estilo de vida. Por medio de ustedes podemos llevar las verdades del Evangelio a cada rincón de nuestra cultura: al mundo de las artes, a la política y a los medios; al mundo de los negocios, a la ciencia y a la investigación tecnológica; e incluso a los campos del deporte y del entretenimiento popular.

Anunciar a Cristo en estas áreas no significa “hacer proselitismo”, significa desarrollar el trabajo de uno, en estos campos, con los más altos estándares y con una perspectiva cristiana; significa demostrar, a través del trabajo y la amistad con los colegas, la

⁵³ Hch 13, 26.

harmonía entre fe y razón, así como nuevas posibilidades, las cuales serían posibles si pensáramos en la creación y en el descubrimiento como algo que hacemos en colaboración con nuestro Creador.

Deben resistir toda presión para practicar una religión “privatizada”, y mantener así su fe para ustedes. No podemos permitir que nuestra cultura se aísle de la voz de Cristo, y ustedes son la clave para prevenir que eso suceda.

Nuestra cultura hoy en día está dominada por el materialismo, por un sentido de que “este mundo”, las cosas que podemos ver y tocar, es todo lo que existe. Nuestra cultura está regida por una filosofía que dice que no hay verdades absolutas, que los conceptos como la belleza, el bien y el mal son “relativos”, y que los únicos estándares que importan son los de la eficiencia y la utilidad práctica.

Por medio de su testimonio paciente de Cristo, pueden ayudar a abrir nuestra cultura a la fuerza purificadora del Evangelio. Ustedes pueden ayudar a los demás a ver cómo su trabajo debe participar en los propósitos trascendentes de Dios.

“Mira que estoy a la puerta y llamo”⁵⁴, dice Jesús. Esforcémonos, amigos míos, para abrir cada puerta en nuestra cultura a Jesucristo y a Su voz.

“No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído”

27. El cristianismo ha sido siempre propagado por hombres y mujeres comunes y corrientes, en circunstancias ordinarias y cotidianas. Cuando San Pedro y San Juan empezaron a predicar en Jerusalén, fueron luego rechazados por ser meramente “hombres comunes y sin instrucción”. Y es verdad, eran hombres de trabajo, antiguos pescadores; no eran nobles, poderosos o sabios de acuerdo con los estándares del mundo. Sin embargo, después de escuchar su predicación, la gente se dió cuenta que estos discípulos “habían estado con Jesús”⁵⁵.

Eso también debería pasar con nosotros. Por nuestra predicación, por nuestras palabras y el testimonio de nuestras vidas cotidianas, las personas con las que estamos en contacto deberían saber que estamos “con Jesús”; deberían saber que Jesús es Aquel por quien y con quien vivimos y que queremos compartir la alegría de este estilo de vida con todos.

El estado de vida en el que se encuentren -estudiante o trabajador, joven o anciano, casado o soltero, criando hijos o disfrutando de los nietos- es el territorio de misión que Dios les ha dado. Donde quiera que se encuentren es donde Dios les ha llamado a anunciar a Jesucristo. Debemos llenarnos con el compromiso apostólico, pues “no podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído”⁵⁶.

⁵⁴ Ap 3, 20.

⁵⁵ Hch 4, 13. Cfr. 1 Co 1, 26.

⁵⁶ Hch 4, 20. Cfr. 1 Jn 1, 1-5.

28. Se verán ustedes llamados a anunciar a Cristo a gente que vive en diferentes estados de vida y con diversos niveles de formación religiosa. Algunos serán creyentes de otras religiones o de diferentes denominaciones cristianas. Muchos serán aquellos que no tienen fe o que dudan; desafortunadamente el número de ateos y agnósticos está creciendo en nuestra cultura de hoy.

Tratando de evangelizar, nos enfrentamos a poderosas presiones culturales hacia el relativismo religioso; la idea dominante hoy en día es que “cualquier religión es tan buena como la otra”, y que la gente debe reservarse sus creencias religiosas para sí. En la práctica, esta visión se traduce en un indiferentismo religioso o en una vaga religiosidad, que lleva a las personas ya sea a no preocuparse de la religión, o a tratarla simplemente como una cuestión de experiencias o preferencias privadas.

A pesar de estos desafíos, aún estamos llamados a ser discípulos y misioneros, estamos llamados a dar testimonio de nuestra fe con humildad y con sincero respeto por las creencias de los demás. En esta cultura en donde la religión es tratada con indiferencia o con hostilidad, necesitamos fomentar amistades reales y alianzas prácticas con los otros que creen en Dios, especialmente nuestros compañeros cristianos, nuestros hermanos y hermanas judíos y musulmanes, así como con los practicantes del budismo e hinduismo.

¿Cómo hablar de Jesucristo con aquellos que aún no han escuchado o recibido el Evangelio? Debemos hacerlo con sinceridad y honestidad, sabiendo que nuestro testimonio personal y actos de amor hablarán más fuerte que nuestras palabras.

Siempre he admirado el enfoque de la Beata Madre Teresa de Calcuta. Ella fue capaz de compartir su fe de la manera más bella, en una cultura donde el cristianismo era una escasa minoría. Madre Teresa decía: “Yo amo todas las religiones pero estoy enamorada de la mía. Naturalmente me gustaría darte el tesoro que tengo, pero no puedo. Yo sólo puedo orar para que tú lo recibas”⁵⁷.

Esta es una buena actitud que deberíamos tener. No debemos nunca avergonzarnos del Evangelio⁵⁸. Tampoco debemos permitir que nuestro respeto a la libertad de conciencia de los demás sea una excusa para permanecer callados acerca de Cristo⁵⁹. El más grande amor y servicio que podemos ofrecer a los demás es compartir la Buena Nueva de que ellos son amados por Dios y que Él les ofrece su salvación. No podemos dejar de decir a los demás que en Jesucristo pueden encontrar las respuestas a sus preguntas sobre el significado fundamental de la existencia y del sentido de la vida.

29. Me preocupan particularmente dos grupos en nuestra sociedad de hoy. Primero, los millones de inmigrantes hispanos que están entre nosotros. Me preocupa profundamente el creciente número de nuestros hermanos y hermanas hispanos que están en riesgo de apartarse de la fe católica hacia otras religiones o simplemente a ninguna religión.

⁵⁷ David Scott, *A Revolution of Love: The Meaning of Mother Teresa*, Chicago, Loyola 2005, n. 140.

⁵⁸ Rm 1, 16. Lc 9, 26.

⁵⁹ Mc 16, 15.

Hay muchas razones complicadas en esta situación. Es muy difícil, bajo cualquier circunstancia, comenzar una nueva vida en un país extranjero. Es más difícil aún para los hispanos, quienes a menudo vienen aquí en situación de pobreza y bajo gran estrés personal y enfrentando otras presiones. La mayoría de las veces, experimentan discriminación e incomprensión al tratar de integrarse en la sociedad estadounidense; no es fácil para ellos “encajar” en nuestras parroquias, y su falta de formación en la fe puede hacerles difícil distinguir entre la Iglesia Católica y otras comunidades eclesiales que agresivamente tratan de llegar a ellos⁶⁰.

Sin embargo, a mi parecer, el problema más profundo que enfrentamos es la secularización de la que hablé anteriormente. La tendencia del secularismo es reducir la identidad religiosa a un tipo de “catolicismo cultural”. Me preocupa que el catolicismo de los hispanos no simplemente se convierta en un tipo de bagaje cultural, un rasgo personal, una parte de su educación que moldea su perspectiva del mundo, sino que se vean compelidos a no tener ninguna lealtad o devoción a la Iglesia.

Por ello dirijo este llamado directamente a mis hermanos y hermanas hispanos: amigos míos, en la medida en que sean más y más exitosos, deben asimilarse más y más como parte de la cultura estadounidense, deben continuar manteniendo su fe; no permitan ser apartados de la verdadera fe, de la fe de nuestros padres. Deben mantener una sólida relación con la Iglesia Católica y con nuestra madre, Nuestra Señora de Guadalupe. *¡Somos católicos!* Esto es lo que ustedes son. Cristo los necesita y su Iglesia los necesita para la nueva evangelización de esta tierra.

La tarea que tenemos delante de nosotros es encontrar nuevas maneras para evangelizar a la población hispana, que ha sido siempre un pueblo de sólida fe e identidad católicas, un pueblo de oración con profundos valores sobre la familia, la amistad y la cultura de la vida. Debemos reevaluar nuestros ministerios y nuestro enfoque. No se trata sólo de un asunto sobre programas pastorales efectivos, sino que es también un asunto de testimonio personal y ayuda generosa, especialmente a las familias y a los niños.

En nuestra misión con los inmigrantes hispanos necesitamos ser conscientes de que nuestro trabajo es parte de una misión continental: propagar la fe no sólo aquí en los Estados Unidos, sino a lo largo de América Latina y el Caribe.

Purifiquemos nuestros objetivos y medios a la luz del Evangelio, para asegurar que en todo lo que hagamos por estos nuevos estadounidenses los llevemos a un encuentro, el

⁶⁰ Cfr. José H. Gomez, “The Encounter with Christ and the Future of Hispanic Ministry”, discurso en el Simposio del Consejo Católico Nacional para el Ministerio Hispano, en *Paradigmatic Changes in Hispanic Ministry*, 28 de agosto de 2007. José H. Gomez, “La predicación y la enseñanza: Evangelization, Education, and the Hispanic Catholic Future”, discurso en el Simposio nacional sobre el presente y futuro del ministerio hispano católico en los Estados Unidos, 8 de junio de 2009.

encuentro con Cristo, “¡que ha llenado nuestras vidas de ‘sentido’, de verdad y amor, de alegría y de esperanza!”⁶¹

30. El segundo grupo que me preocupa profundamente son los católicos bautizados que se han apartado de la práctica de su fe y de los sacramentos de la Iglesia. De nueva cuenta, por una variedad de razones, algunos se han cambiado a otras denominaciones cristianas mientras que otros han abandonado todo sentido vivo de la fe.

Debemos hacer que el llegar a estos hermanos y hermanas nuestros sea una prioridad, e invitarlos a volver a casa. Dedicuémonos nuevamente a sanar las heridas causadas por el pecado y la división.

Hablemos con nuestros hermanos y hermanas sobre aquello que les está apartando de la Iglesia; hablémosles de la presencia viva de Cristo en su Iglesia y en los sacramentos. La felicidad que todos buscamos se encuentra solamente en la comunión con Cristo y su Iglesia; dirijamos, por tanto, una llamada compasiva a nuestros hermanos católicos que se han desviado de la fe para que regresen al Sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación y entonces démosles la bienvenida de regreso a la mesa Eucarística.

31. Se debe decir que necesitamos un gran valor para dar testimonio, pero “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”⁶². Estamos llamados a anunciar la Palabra con urgencia, a tiempo y a destiempo⁶³. Jesús mismo nos dio este mandamiento: “enseñenles a guardar todo lo que yo les he mandado”⁶⁴.

Las personas del mundo de hoy están cansadas de respuestas fáciles, de medias verdades y de las tentaciones a las falsas ilusiones que ofrecen nuestra cultura secular; las personas anhelan y necesitan conocer la verdad real, la verdad que les hará libres⁶⁵. Nuestro amor a nuestros hermanos y hermanas exige que les expongamos esta verdad: la verdad absoluta, todo lo que Jesucristo enseña y manda.

Ciertamente el Evangelio contiene un “duro lenguaje”⁶⁶, enseñanzas que fluyen totalmente en contra de la corriente de nuestra cultura; enseñanzas que desafían lo pecaminoso de nosotros: el egoísmo, el orgullo y la debilidad. Sin embargo, sólo Cristo tiene palabras de vida eterna y estamos llamados a anunciar sus palabras y forma de vida a todo hombre y mujer que encontremos⁶⁷.

⁶¹ Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento Conclusivo *Aparecida 2007*, Aparecida, Brasil 13-31 mayo de 2007, no. 548. Cfr. Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, *Encuentro y misión*.

⁶² Hch 5, 29. Cfr. Hch 4, 20. Mc 8, 38. Lc 9, 26.

⁶³ 2 Tm 4, 2-3.

⁶⁴ Mt 28, 19-20.

⁶⁵ Jn 8, 32.

⁶⁶ Jn 6, 60.

⁶⁷ Jn 6, 68.

Siempre habrá algunos, como el joven rico del Evangelio, que se apartan del Señor con tristeza porque Él pide de ellos más de lo que están dispuestos a dejar⁶⁸. Pero habrá también muchos, como Zaqueo, el recaudador de impuestos que defraudaba, que desean ver a Jesús y que recibirán la verdad alegremente y con gratitud y cambiarán sus vidas encontrando la salvación⁶⁹.

“Vayan rápidamente y digan... que ha resucitado”

Amigos míos, debemos estar convencidos de la verdad que los apóstoles sabían: que cada uno, de alguna forma, está buscando a Cristo⁷⁰. La gente solía buscar a los apóstoles y decirles: “Queremos ver a Jesús”⁷¹. Los hombres y mujeres de hoy aún quieren ver a Jesús. Ustedes son los discípulos a quienes llegarán con sus preguntas y dudas, intereses y necesidades; ustedes son aquellos que deben conducirlos hacia nuestro Señor.

32. No podemos predicar el Evangelio a los demás, si primero no hemos experimentado su Buena Nueva en nuestras propias vidas. Sólo el corazón que ha sido convertido puede conducir a otros corazones a la conversión. Por tanto, necesitamos orar siempre por la gracia de una conversión nueva, profunda y que cambie la vida. La conversión no es algo que suceda solamente una vez en nuestras vidas; cada día tenemos que hacer un esfuerzo nuevo para volver nuestros corazones una vez más hacia el Señor.

33. Antes de concluir esta carta, quiero hablarles de mi propio enfoque personal a la evangelización y al anuncio de Cristo. Tuve la bendición de poder pasar un buen número de años en el ministerio pastoral, dando dirección espiritual a fieles laicos, hombres y mujeres. Para mí, aquellos fueron años felices y alegres. Aprendí bastante de los hombres y mujeres a quienes brindaba el servicio ministerial. Empecé a admirar su profunda fe y celo apostólico.

Durante aquellos años, ellos me ayudaron a apreciar dos cosas. Primero, que la evangelización fluye de nuestro amor a Cristo; nosotros anunciamos el amor que sentimos en nuestros propios corazones. En segundo lugar, que anunciar a Cristo es algo más que entregar un grupo de doctrinas o una filosofía de vida. Anunciar a Cristo significa llevar a los hombres y mujeres a un encuentro personal con Jesucristo; significa llevar a la gente a Jesús y Jesús a la gente; significa decirle a la gente quién es Cristo, lo que enseña y cómo podemos llegar a conocerlo mejor en nuestras vidas.

Mi sacerdocio y ministerio episcopal han estado profundamente marcados por las enseñanzas y testimonio del Papa Juan Pablo II. Fui ordenado a sólo tres meses de que fuera nombrado Papa en 1978. Yo era un joven sacerdote cuando él hizo su histórica visita pastoral a San Antonio en 1987. Nunca olvidaré la experiencia de haber participado con muchos otros de mis hermanos sacerdotes al concelebrar la Misa con el Vicario de Cristo, ante 350,000 fieles ahí reunidos. Me sentí conmovido y agradecido en el 2001

⁶⁸ Lc 18, 23.

⁶⁹ Lc 19, 1-10.

⁷⁰ Mc 1, 37.

⁷¹ Jn 12, 21.

cuando me llamó a ser Obispo; y nuevamente en el 2005, cuando poco antes de su muerte, me llamó a ser su Pastor y Arzobispo.

Siempre he sentido una conexión espiritual con el Papa Juan Pablo II. El apostolado personal y la nueva evangelización fueron los temas clave de su pontificado. Él me enseñó que la misión de la Iglesia debe ser llevada a cabo por cada cristiano, tal como escribió: “¡El hombre es amado por Dios! Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre. La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti; para ti Cristo es el Camino, la Verdad, y la Vida!”⁷²

Finalmente, mi enfoque y comprensión de estas cosas se debe en muy buena parte a mi aprecio de la espiritualidad de San Josemaría Escrivá. Continúo descubriendo las enseñanzas de San Josemaría sobre la santidad y el apostolado, profundas y prácticas.

No concluyas cómodamente: yo para esto no sirvo, para esto hay otros; esas tareas me resultan extrañas... Si tú pudieras decir eso, todos podrían decir lo mismo. El ruego de Cristo se dirige a todos y a cada uno de los cristianos. Nadie está dispensado: ni por razones de edad, ni de salud ni de ocupación.

Además: ¿quién ha dispuesto que para hablar de Cristo, para difundir su doctrina, sea preciso hacer cosas raras, extrañas? Vive tu vida ordinaria; trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acabar bien la labor de tu profesión o de tu oficio, creciéndote, mejorando cada jornada. Sé leal, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo... Ese será tu apostolado. Y... los que te rodean vendrán a ti, y con una conversación natural, sencilla –a la salida del trabajo, en una reunión de familia, en el autobús, en un paseo, en cualquier parte– charlarán de inquietudes que están en el alma de todos, aunque a veces algunos no quieran darse cuenta: las irán entendiendo más, cuando comiencen a buscar de verdad a Dios⁷³.

34. Cuando releemos los relatos del Nuevo Testamento sobre la primera Pascua, notamos un tema común: cada uno de los que entra en contacto con el Señor resucitado sale de ese encuentro con el deseo inminente de correr y decir a los demás lo que ha atestiguado.

Santa María Magdalena al encontrarse con el Señor resucitado, afuera de la tumba vacía, corrió a decir a los Apóstoles: “¡He visto al Señor!”⁷⁴ Las palabras que le fueron dichas a

⁷² Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal, *Christifideles Laici*, sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, 30 de diciembre de 1988, no. 34.

⁷³ San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios. Homilias*, Ediciones RIALP, Madrid 1977, no. 272-273.

⁷⁴ Jn 20, 18.

María Magdalena y a las mujeres en la tumba vacía se nos dicen ahora a nosotros: y ahora vayan “enseguida a decir... ha resucitado de entre los muertos”⁷⁵.

Estamos llamados a dar testimonio del poder de la resurrección en nuestras vidas; la resurrección es siempre el “contenido” esencial de la predicación cristiana, pues “si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación”⁷⁶, como dijo San Pablo.

35. Hermanos y hermanas, la hermosa obra de anunciar al Señor Jesús y la nueva vida de la resurrección yace ahora delante de nosotros. Estamos llamados a ser testigos de su resurrección ante una nueva generación.

La gente de nuestros días anhela conocer lo que conocemos: el amor de Dios, el amor que conduce a la vida y a una vida abundante, el amor que es más fuerte que la muerte; ellos anhelan conocer a Aquel que puede darles el agua viva de la cual están sedientos. Pero ¿cómo pueden conocerle, cómo pueden encontrarle si no les mostramos el camino?

Los primeros apóstoles rebosaban de alegría al compartir su descubrimiento de Cristo: “Lo hemos encontrado... ven y lo verás”⁷⁷. Desde ese momento, la fe en Cristo se ha propagado de persona a persona, de un corazón que ama, a otro que está abierto al amor a la verdad y a la belleza.

Es tiempo de que recuperemos el entusiasmo y la alegría de aquellos primeros discípulos y digamos al mundo que hemos encontrado a Aquel a quien todos estamos buscando: la única verdadera fuente de toda felicidad y esperanza. Nuevamente enamórenos de Cristo y propaguemos su alegría, vida y amor con nuestro prójimo. Redescubramos la misión de anunciar a Cristo como la dimensión fundamental de nuestra identidad como sus discípulos. ¡Glorifiquemos a Dios con nuestras vidas por el don de Jesucristo!

36. Ruego para que con San Pablo, hagan suya esta aspiración de anunciar el Evangelio⁷⁸ en todas las actividades que realicen.

Pido especialmente la intercesión de nuestro patrón, San Antonio de Padua, el gran predicador y evangelizador. Y finalmente ruego para que Nuestra Señora de Guadalupe, Reina de los Apóstoles y Madre de las Américas, les obtenga el valor para sus corazones, al llevar a cabo la gran misión al servicio de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Dada en San Antonio en el Centro Pastoral

15 de febrero de 2010

Quinto aniversario de mi toma de posesión como Arzobispo de San Antonio

⁷⁵ Mt 28, 7.

⁷⁶ 1 Co 15, 14.

⁷⁷ Jn 1, 45-46.

⁷⁸ Rm 15, 20.

Monseñor José H. Gomez
Arzobispo de San Antonio